Entrevista con Eduardo García Aguilar

Federico Patán
Universidad Nacional Autónoma de México

Eduardo García Aguilar, nacido en el año de 1953 en la ciudad de Manizales, pertenece a una generación surgida a la sombra del *boom* y empeñada en liberarse de tal presencia, aunque con el paradójico y necesario complemento de no romper amarras con él. Autor de una obra aún escasa en títulos, pero ya interesante en resultados, Eduardo tiene una conciencia clara de su camino literario. De esto nos habla en la siguiente entrevista, donde se muestra muy lúcido con respecto al quehacer novelístico.

La entrevista se llevó a cabo el domingo 15 de noviembre de 1987.

Obras de Eduardo García Aguilar: *Cuadernos de sueño*, 1981, prosas; *Palpar la zona prohibida*, 1984, prosas; *Ciudades imaginarias*, 1986, poesía; *Tierra de leones*, 1986, novela; *Bulevar de los héroes*, 1987, novela.

Federico Patán: En tanto que escritor ¿de dónde y cómo surges?

Eduardo García Aguilar: Nací en Manizales, que fue construida por viejos colonos de origen español. Colonizaron una selva al sur de un departamento minero: Antioquia, selva donde se dio la cultura quimbaya, quizás la más fina en cuanto a orfebrería prehispánica. La aniquilaron por completo. Sólo quedaron ochenta quimbayas. Otra tribu, los pijaos, prefirió suicidarse. Los descendientes de aquellos colonos conquistan esa selva baldía, que tuvo una gran civilización. Era tierra riquísima, tierra donde está el volcán Ruiz. En unos veinte años se vuelve centro comercial del café. A los treinta años, arrieros hispanos habían construido una ciudad tipo española, con muros de bahareque y con tejas, en el filo de una cordillera, en un sitio absurdo. La ciudad creció por las vertientes, sobre precipicios.

En su apogeo la ciudad se quema, hacia 1925. Los descendientes de aquellos españoles, que tenían una cultura "greco-quimbaya", pues querían crear una cultura de origen griego con elementos quimbayas, hicieron otra ciudad sobre las ruinas, una ciudad imitada de París, con edificios como pasteles. Crearon su cultura, pues querían ser la Atenas colombiana. Eran intelectuales anacrónicos que se dedicaron a la política, y hacían discursos en latín a los campesinos.

Nací en 1953, el año de apogeo de esos intelectuales, los "Leopardos". Eran ridículos en sus pretensiones. Empezaron una catedral gótica de cemento armado, que querían de doscientos metros de alto. Nací cuando construyeron la catedral. Los intelectuales jóvenes hacían tertulias; en ellas entro cuando tengo 13, 14, 15 años. Eramos una copia vil de los "Leopardos". Cuando llegó el rock, nosotros leíamos a Madame de Sévigné, y a todo tipo de autores anacrónicos, en la biblioteca pública, en libros cedidos por los "Leopardos". *Tierra de leones* y *Bulevar de los héroes* son fruto del intento desesperado por exorcizar ese origen absurdo. Pero sobre todo de borrar la presencia ominosa de esa catedral primada negra, que vi durante toda mi infancia y adolescencia como una especie de dinosaurio petrificado y castrador.

Federico Patán: Háblanos de tus libros iniciales.

Eduardo García Aguilar: Cuando adolescente, en ese medio de tertulias, comencé escribiendo poesía; todos lo hacíamos. Hubo entonces un festival internacional de teatro, y vinieron estrellas del *boom* latinoamericano. Perseguí por la ciudad a Pablo Neruda, a Miguel Angel Asturias, a Ernesto Sábato y al joven Vargas Llosa. Mi generación comienza a escribir cuando se inicia el boom, y mi pasión poética inicial es desplazada por el deseo de escribir novelas. *Cuadernos de sueño* son prosas escritas en París, con la absoluta conciencia de que nunca se publicarían. Son textos como gritos al vacío de un muchacho que sabe que para llegar a escribir novelas hay que

dejar el pellejo. Son sobrevivientes de otra cantidad de textos destruidos, y que fueron siempre los intentos fallidos de escribir *Tierra de Leones. Palpar la zona prohibida* son prosas muy en el tono "greco-quimbaya", escritas como con bisturí, para evitar untarse de vida, untarse de la sangre de la cotidianidad y, en cuanto a *Ciudades imaginarias*, son varios poemas, los únicos que me he atrevido a publicar en la vida.

Federico Patán: ¿Qué visión tienes ahora de esa etapa?

Eduardo García Aguilar: Esas plaquetas, que publiqué gracias a la amistad primero de Guillermo Samperio, encargado de la serie narrativa del Tucán de Virginia, y los otros más tarde, por la generosidad de Luis Mario Schneider, en la bellísima y heroica colección "Los libros del fakir", son sólo la prehistoria de mi actividad literaria.

Federico Patán: ¿Cómo se dio tu paso a la novela?

Eduardo García Aguilar: La idea de escribir novelas la tuve desde mi adolescencia. Nunca imaginé lo difícil de ese reto. *Tierra de leones* la comencé infinidad de veces, la primera versión a los dieciocho años, en Bogotá, pero demasiado marcada por la reciente lectura de *La ciudad y los perros*. Luego, otra versión cuando vivía en París, muy en ese tono coloquial y cortazariano tan en boga en los setenta. Esos intentos me dejaron insatisfecho y postergué durante años la conclusión de esa novela, hasta el día en que fue cuestión de vida o muerte escribirla. Tenía que exorcizar esa ciudad monstruosa de los Andes, y lo hice ya definitivamente en un departamento de la calle Regina, en el centro de la ciudad de México. Ahí me encerré y escribí lo que es hoy *Tierra de leones*. Iba mucho al Claustro de Sor Juana, y en ese ámbito pasaba las horas de descanso después de furiosas jornadas de redacción. De esa experiencia tengo la certeza de que, para escribir una novela, hay que estar seguro de que si no se hace, uno va a morir. La novela para mí es el único recurso que encuentra a veces un escritor para no naufragar. Exige tanta tensión, tanto esfuerzo físico, se presentan durante su escritura tantas dudas y tantos hastíos frente al texto que va creciendo, que sólo un condenado a muerte puede aceptar el reto de concluir. Lo duro de esto es que cuando se concluye una novela uno entra de nuevo en el vacío y vuelve a estar tan perdido como si fuera la primera vez. Puedo decir que nunca hay un tránsito en la novela, que aún en la vejez el novelista tendrá que ser un adolescente enfrentado a las mismas dudas del comienzo.

Federico Patán: Háblanos del tipo de novela que has hecho y del que buscas ahora.

Eduardo García Aguilar: Nuestra generación, en todo el continente latinoamericano, ha tenido que enfrentarse al reto de encontrar una voz propia, distinta a la de los grandes virreyes del *boom*. El *boom* para mí fue una explosión literaria tan importante como en su momento lo fue el modernismo de Rubén Darío y de Silva. Tendrían que pasar dos décadas aproximadamente para que se comenzara a vislumbrar otra forma de contar. En este momento ya es hora de dejar a los miembros del *boom* en sus estatuas o en el triste color sepia de las fotografías añejas, así como ellos en su momento tuvieron que despedirse de Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, de Ricardo Güiraldes, de Leopoldo Marechal o de Martín Luis Guzmán. *Tierra de leones* y *Bulevar de los héroes* son el fruto de esa lucha por encontrar mi propia voz, a sabiendas de que es casi imposible, pues los maestros del *boom* están todavía demasiado cerca. Sus cadáveres todavía están calientes.

Federico Patán: ¿Qué nos dices de la zona temática en que te mueves?

Eduardo García Aguilar: Hay una encrucijada a la que yo me veo abocado en estos momentos: tratar de explorar en una zona íntima y cotidiana la vida que nos corresponde o continuar dando vuelo a ese mundo imaginario que me obsesiona y que tiene que ver con el modernismo. En este momento estoy recopilando todo el material que me pueda servir para escribir una novela cuyo personaje central sería un poeta modernista imaginario que se llamaría Faría Utrillo. Siempre creo que los fines de siglo se parecen. Acordémonos del romanticismo alemán e inglés de fines del siglo XVIII o de la "literatura decadente" que floreció a finales del XIX en Francia con Huysmans, Schwob y los poetas simbolistas o parnasianos. Todo fin de siglo invita a hacer

grandes balances culturales y culturalmente se derrumban los grandes y sólidos edificios construidos con anterioridad. Esos fines de siglo invitan a la decadencia, al escepticismo, al hedonismo. Los modernistas en América Latina fueron los representantes de ese espíritu, que en la confusión y el pastiche, y en el retorno a lo clásico, logran crear nuevas rupturas literarias. Esa novela que yo quisiera escribir ahora sería el homenaje de un hijo del fin del milenio a la más esplendorosa y atractiva generación literaria que ha existido en América Latina.

Va a ser imposible exorcizar ese mundo geográfico dominado por esa ciudad de los Andes, que muchos años después del fin del modernismo seguía siendo modernista trasnochada.

Federico Patán: Siento que en *Bulevar de los héroes* hay una estructura religiosa subterránea. ¿Qué opinas tú?

Eduardo García Aguilar: Para mí, definitivamente, la literatura es una religión y yo soy un sacerdote y la única exigencia es que no lo obliguen a guardar el celibato. El ejercicio de la literatura vale la pena si se está dispuesto a jugarse el pellejo por ella. El premio, que a veces es un premio terrible, consiste en obtener a través de la escritura revelaciones sobre la existencia y la certeza de que incluso es inútil. Un día de estos no va a quedar ningún rastro de nuestras glorias o derrotas. En el polvo del universo ninguna partícula sabrá que existieron Cervantes o Dante. El premio de esta religión literaria es la conciencia de que escribir es inútil y allí radica su maravilla. *Bulevar de los héroes* quería precisamente reflexionar en torno al delirio de los héroes, que son capaces de morir por una causa imposible. Esta última novela surge de haber visto a un héroe en sus últimos y tristes años en París, cuando había descubierto lo ridículo de su fogosa y juvenil aventura guerrillera. Los revolucionarios, los héroes y los escritores son tres vertientes de una misma enfermedad, que es la vanidad.

Federico Patán: Capto en tus novelas la presencia de la locura o el delirio como arma de lucha. Habla de esto.

Eduardo García Aguilar: En *Tierra de leones, Bulevar de los héroes* y la posible novela sobre el modernismo, se mostrarían tres delirios. En *Tierra de leones* el delirio cultural de un funcionario que cree poder hacer de su ciudad un emporio de las bellas artes. En *Bulevar de los héroes* el delirio de un abogado que cree ciegamente en la posibilidad de crear un mundol feliz y justo en esta tierra, y en la tercera la de un poeta hedonista cuyas religiones son la literatura y el placer, pero que fracasa por la inevitable empresa de la vejez y de la muerte. Este delirio creo que es algo inherente al ser humano, sobre todo después de que la humanidad entró en la etapa de la antropolatría. El mundo moderno, fruto del Renacimiento y la Ilustración, confió demasiado en el cerebro del hombre, que al fin y al cabo sólo es un mamífero bípedo y autosuficiente. La situación actual del mundo, poblado como nunca de barbarie y de injusticia, nos prueba cuán equivocados estaban quienes fundaron el imperio de la razón. Esa es mi obsesión literaria.

Federico Patán: En tu escritura optas por lo poético y pareces huir de lo coloquial. ¿Por qué esto?

Eduardo García Aguilar: Hablaba ahora de la encrucijada entre escribir sobre la vida cotidiana, como lo hacen magistralmente tantos escritores, o continuar creando la parodia mística y literaria del hombre y su sociedad. Cuando he tratado de contar cosas cotidianas, he descubierto que no tengo nada que decir allí, por eso no sería capaz de escribir una novela coloquial, en la que describiera la miseria diaria de nuestras urbes o lo repetitivo del amor. Creo que ése no es mi terreno y que otros tal vez lo puedan hacer mejor por su temperamento y su formación. Siempre ha ocurrido eso en la literatura. Por ejemplo, Céline en *Viaje al fondo de la noche* o *Muerte a crédito* escribe obras inolvidables en un lenguaje que se acerca a lo coloquial y Céline es tan extraordinario como Borges o Junger, que manejan una literatura de otro tipo. Lo maravilloso precisamente de la literatura es que la luz del genio puede brillar tanto en un texto descarnado como en uno clásico o culterano. Definitivamente a mí me gusta buscar una prosa que explore dentro de los cánones de la perfección formal.

Federico Patán: Has mencionado a Sé-

vigné, Huysmans, Céline. ¿Por qué esta presencia de lo francés?

Eduardo García Aguilar: Como todo buen "greco-quimbaya", desde la adolescencia soñaba con vivir en París. En la adolescencia era un asiduo de la Alianza Francesa, y era uno de sus mejores alumnos. Llegué a París recién cumplidos los veinte años y viví hasta los 26 en esa ciudad, de modo que mi primera verdadera madurez cultural se dio allí. No podré olvidar jamás cuando en los cafetines del barrio de Belleville —cercano del cementerio Pere Lachesse— y que fue el barrio también de Edith Piaf, empecé a leer en su idioma original las novelas de Stendhal, Balzac, Flaubert, Céline y Drieu la Rochelle. Si alguna literatura ha corrido por mis venas casi como ninguna otra, es ésa. *Rojo y negro, La cartuja de Parma,* la trilogía de Balzac, compuesta por *Padre Goriot, Las ilusiones perdidas* y *Esplendor y miseria de las cortesanas,* así como *Madame Bovary* y *La educación sentimental,* de Flaubert, me hicieron feliz en medio de la soledad y del frío. Mientras que muchos de mis amigos latinoamericanos estaban deprimidos por el frío y el temperamento de los parisinos, yo andaba pobre, hambriento y feliz con esos libros debajo del brazo y en especial uno que olvidaba y que es, junto con el *Quijote de la Mancha,* uno de los dos libros que más quiero: *Las confesiones,* de Rousseau.

Federico Patán: ¿Es de Céline que te viene cierta inclinación por lo feo y lo desagradable?

Eduardo García Aguilar: No necesariamente de Céline. Tanto en *Tierra de leones* como en *Bulevar de los héroes* he querido explorar lo estético y hermoso de la fealdad. Esa exploración surge más que todo de la experiencia vital en ciudades como Bogotá y México, que son horrendas y monstruosas por la pobreza de la gran mayoría de sus habitantes. Junto a un templo barroco hermosísimo hay mendigos deformes y hambrientos, que extienden sus manos como los mendigos de Calcuta. Agreguemos a esto el horror y la miseria que he visto en todas las ciudades latinoamericanas que he visitado, como ciudad de Guatemala, Tegucigalpa, Comoyahuela, San Salvador y Panamá. Con una dosis de metro, en donde se reúne el gran país oculto que no conocen los que tienen automóvil. Estas experiencias tan latinoamericanas me invitan a explorar el verdadero rostro de la deformidad y el hambre de la inmensa mayoría de nuestros congéneres latinoamericanos, cuyo desamparo no tiene nombre. En medio de la suciedad y de las llagas, ellos encuentran amor y tal vez están convencidos de que su mundo es el verdadero rostro de la belleza.